A PROPÓSITO DE

La «Pura» Suciedad

Vuelo sobre el puente del Soccorso de Venecia. Homenaje a Corrado Fantoni, músico

Se da una viva relación dialéctica entre lo puro y lo impuro, entre suciedad y limpieza, contaminación y pecado, no sólo en los más primitivos rituales religiosos, sino también en las prácticas cotidianas de nuestra vida sexual y económica; la publicidad de los detergentes y la cosmética con sus ridículas exageraciones son, sin embargo, una buena caricatura de lo que por debajo se remueve. Hemos intentado en estas páginas encarar algunos de los frentes donde han germinado con más fe estas ideaciones de pureza y mancha, poniendo al descubierto en cada uno de ellos las contradicciones más acusadas. La saña limpiadora de la moderna doctrina de la Blancura Universal pretende resolver de un esterilizante lavado cualquier desazonadora antítesis... Y sin embargo —¡ah, sin embargo!— la razón común nos recuerda hasta en la palabra sagrada: «¿Quién puede decir: mi corazón está limpio?» (se pregunta en los Proverbios, *20, 9); y ante la pecadora lapidada, Jesús dice: «El que esté libre de pecado que tire la primera piedra». Pero también advierte en el Sermón de la Montaña: «Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios».*

LOS «GÉRMENES» DE LA PUREZA

Isabel Escudero

En las religiones es donde propiamente nace la noción de «pureza», a saber, en el sentido de una purificación, que implica que previamente se han establecido ciertas cosas, actos o períodos como «impuros». Es así, precisamente, como la higiene se muestra una vez más heredera de la religión: un cuerpo para estar limpio tiene que ser ya un cuerpo lavado, purificado, lo cual supone que previamente se ha establecido la suciedad o impureza como propias de ese cuerpo. Parece ser, pues, que no se concibe ningún resquicio de

pureza original, en el sentido de lo desconocido, que sería lo propiamente sagrado, sin que eso sea previamente fundado y sostenido por la idea de mancha o pecado (original), como tan claramente se configura en el *Génesis* (prueba de ello dan las múltiples religiones y su recurrencia a diferentes formas bautismales).

No es de extrañar que, al ser las mujeres, para los hombres, el primer objeto de sospecha, de endiablada doblez, de adoración y envidia, de misterio y carnalidad, hayan sido también desde el comienzo de la Historia (quizá la Historia nace con la domesticación de esa intranquilidad provocada por las mujeres), al mismo tiempo que arcanos de pureza (natural), eximias representantes y diabólicas portadoras de lo impuro; por ambas derivaciones, mediadoras con lo «sagrado». La mediación, en el caso del *Génesis*, se celebra a través de dos figuras femeninas contrapuestas y complementarias: Eva, la pecadora, y María, la redentora. El empeño, largamente sostenido, antes y después de la proclamación del Dogma de la Inmaculada Concepción, en la original virginidad de María, ha producido innumerables controversias y sangrientos conflictos entre los hombres. La influencia de las mujeres, como insignias de la Idea que se les imponga y a la que representan en cada momento histórico, es decisiva tanto en la tierra como en el cielo. No olvidemos que las primeras guerras, propiamente dichas, nacen del rapto y apropiación de las mujeres ajenas, nacen, pues, directamente del coño de las mujeres.

Por tanto, tampoco es casualidad que las mujeres, ya desde la Antigüedad, además de encarnar el ideal de pureza y castidad, se hicieran cargo de las abluciones o formas de purificación y limpieza; y que, progresivamente, a medida que las civilizaciones han ido avanzando y se han ido desplazando y sustituyendo los viejos rituales de contaminación y tabúes comunitarios por los nuevos rituales individuales y colectivos de limpieza e higiene personalizada en las Sociedades Desarrolladas, las mujeres actuales continúen siendo las sumas sacerdotisas —cada una en su casa (*oikos*) y el televisor en la de todas— de los modernos rituales de la limpieza, la higiene, la cosmética, etc. Vemos cómo efectivamente este discurso ritual purificante del televisor está ejecutado y destinado por y para las amas de casa y, en general, por y para las mujeres.

Podría decirse que las economías y almas, de los individuos de las actuales Sociedades del Bienestar, están sostenidas y movidas por dos grandes rituales repetidos y consagrados: el del continuo desplazamiento en el automóvil propio particular y la repetida limpieza sin fin: el repetido embadurnamiento y desembadurnamiento en el aseo y la cosmética personal. Parece que el primer rito está oficiado mayoritariamente por el sexo masculino, regidor y conductor de sí mismo (individuo o semoviente) y de la familia (unidad afectivo-económica), y el segundo rito, el de la limpieza sin fin, el de la blancura inmaculada, fundamentalmente por las mujeres como higiénicas vestales del Régimen del Bienestar.

Pero, ¿qué hay por detrás de tantas exigencias y prácticas de limpieza y purificación?, ¿qué pasaba por aquel entonces en nuestro mundo cuando la peste de la Higiene, iniciada muy selectivamente siglo y medio antes entre las señoras y señores de las colonias, pasa a contagiarse y difundirse entre el común de los mortales? Recuerdo que cuando yo era chica, allá por mi tierra extremeña, escuché más de una vez a las viejas del pueblo que al pasar por la calle comentaban, como en sordina, refiriéndose a alguna que muy ostensiblemente limpiaba y relimpiaba su casita: «¡No hay puerca que no sea escrupulosa!». Dichos como éste y otros por el estilo de claro arraigo popular, («No es más limpio el que más se lava sino el que menos se ensucia»), aunque ya medio perdidos bajo el advenimiento y apoteosis, desde hace ya decenios, del Imperio de la Higiene y de la Perfecta Limpieza (detergentes, desinfectantes, cloros, amoníacos, lejías, lavadoras, lavavajillas), nos pueden ayudar a rastrear con algún acierto lo

que podríamos denominar —valga la paradoja— el «germen» o los «gérmenes» de la pureza.

Recuerdo también cómo a los niños, cuando nos mudaban de ropa, y en el mismo instante en que nos despojaban de la camisita sucia y nos enfundaban la camisita limpia, se nos hacía rezar aquello de «Bendito y alabado sea el Santísimo Sacramento del altar y la pura limpia Concepción de María Santísima madre de Dios Señora nuestra concebida sin mancha, sin pecado original, desde el primer instante [...]» para concluir: «Así como mi cuerpo se viste de limpieza mi alma se vista de pureza». Los desnudos cuerpecitos, momentáneamente a la vista de los mayores y de nuestros propios ojos, se arropaban con aquellas plegarias contra el acoso del demonio, los malos pensamientos, se supone, sobre todo de los adultos.

Si nos remontamos a las primeras manifestaciones masivas de la actual Doctrina Limpiadora (cuando comienza a instalarse a todo trapo publicitario en el Mundo Desarrollado), recordaremos cómo los eslóganes de la incipiente Inmaculada Blancura poblaban a troche y moche las ondas radiofónicas, las pantallas del cinematógrafo... y, después, las de los televisores familiares, a lo largo de nuestra larga y mísera posguerra con el telón de fondo de la II Guerra Mundial, como ventajes impolutos que ondeaban al aire destinados a purificar las aún infectadas heridas de la contienda, prestos a envolver como higiénicos sudarios la podredumbre de tantos cuerpos. Parece como que ese miasma de culpa y fetidez que dejan las guerras fuera el humus adecuado donde iba a germinar y florecer, con el beneplácito general de las almas, la redentora industria de la Blancura y la Pureza. Así se inició en la década de los 50 y adquirió su máximo apogeo en la década de los 60 la totalitaria y euroamericana industria de la Perfecta Higiene y la Blancura Universal. Los años 60 fueron los del imperio de Omo, del «Más Blanco todavía» (el primer Congreso Mundial de Detergentes se celebra en París en 1954. Son interesantes las consideraciones que sobre el particular hace Roland Barthes en su libro *Mythologies*). Las imperiosas campañas de detergentes, cual purificador psicoanálisis colectivo, entran a saco en las almas y en los hogares. Las grandes agencias publicitarias al servicio de las potentes Multinacionales se mantenían fundamentalmente con las campañas de jabones, cosmética y detergentes. La saña limpiadora siguió *in crescendo* a lo largo de los años 60. Quiso el azar que mi primer trabajo fuera el de redactora de textos en una de esas agencias (española), concretamente la que se encargaba de los productos Gal (Heno de Pravia, Jabón 24, etc.). Posteriormente pasé a otras agencias internacionales. De aquella época fue una de las campañas anunciadoras más sugerentes para el propósito que aquí nos ocupa, cuyo eslogan era: «Case su ropa con Persil», en la que una novia salía blanca y radiante de la lavadora. Finalmente entré en la agencia que Unilever, la gran empresa holandesa de detergentes, fundó para sus campañas españolas (Omo, Ese, Tutú, Vim, Rexona, etc.). Recuerdo de aquellos mensajes, por su extremosidad, los de Vim Clorex («Limpia tanto que desinfecta»), en los que se atemorizaba a la población con la presencia de los «gérmenes nocivos» (antropomorfizados como diablos con cuerpo de gusano) que asediaban el culo del confiado ciudadano cuando se iba a sentar en el inodoro o la sedosa piel del angelical bebé cuando era sumergido en la bañera por las manos maternales. Recuerdo que más de un locutor se equivocaba y les llamaba gérmenes «novicios», con lo cual los «creativos» de la agencia los disfrazábamos de monjas perversas merodeando la purísima piel de la criatura. La línea de la amenaza de infecciones con toda suerte de efectos aterrorizadores ha persistido hasta nuestros días con razones similares como el actual de «¡Ojo con la salmonella!» de Mistol Ultra antibacterias. Otro de los argumentos a los que se recurría entonces, y que todavía se continúan usando machaconamente, es la propuesta de comparación entre los diferentes grados de blancura o purificación: aquello de que «Yo creía que

mi ropa estaba blanca hasta que he visto la tuya», o bien, a través de la demostración de que sigue estando sucio lo que a primera vista parece que está limpio: «la prueba del algodón, el algodón no engaña».

El tabú de contaminación más extendido y radical es el del incesto. El que comete incesto —sobre todo con niños a los que se les atribuye la inocencia o pureza por antonomasia— es ya un apestado que manchará todo lo que toque. La ley del incesto es tan poderosa que no necesita de escrituras, pero se ve continuamente reforzada y vigilada desde las instancias jurídicas y, ¡cómo no!, desde la publicidad, sobre todo desde los anuncios que rocen el campo de la pureza y la higiene. Vemos, por ejemplo, que en tanto que, en los anuncios, a los bebés se les presenta desnuditos en manos de la acariciadora mamá que, encantada, les besa el culito (como en el anuncio de Dodotis), esos mismos nenes (los varones), cuando llegan a la pubertad, parece que indefectiblemente se convierten, en los anuncios, en portadores apestados de un insufrible olor de pies que hace que aquella misma mamá, antes tan besucona, entre ahora en el cubil del muchacho acompañada de una amiga protectora, tapándose ambas las narices y tirándole a la cara unas «Plantillas Devorolor zapatillas» para que se desodorice si, el pobrecillo, quiere no ser expulsado del Edén familiar. Vemos cómo en esas edades oscuras de la adolescencia es conveniente y práctico desactivar cualquier posible tendencia sensual/sexual de la madre hacia el muchacho y viceversa. Esta posibilidad se elimina eficazmente con la inclusión de impedimentos desagradables y operativos, y ¡qué más profundo y espantable que una permanente y penetrante ola pestífera! Es precisamente la millonaria industria de la Desodorización —quizá por el carácter más primitivo del olfato en relación con los otros sentidos— la que más recurrencias presenta con la sexualidad y sus tabúes. Otra industria millonaria es la de las compresas higiénicas que liga la feminidad con la pureza y la demostración práctica y exhibicionista de que si aún queda en las hembras humanas algún rastro lunático o natural esto no debe afectar para nada a la perfecta adaptación, deportiva y laboralista, de las mujeres modernas al Régimen Patriarcal.

Parece claro, pues, que la idea de Pureza debe estar previa y religiosamente fundada y sostenida por la creencia en la idea de impureza y pecado. Millones y millones de dineros mueve esta industria de fabricación y venta de la Pureza y la Higiene en las Sociedades del Bienestar, removiendo en nuestras almas los tabúes de contaminación y pecado con tanta coerción y mayor eficacia que las reglas dietéticas de las abominaciones bíblicas del *Levítico* o las obsesivas inmersiones y lavados internos de los hindúes en las aguas pútridas del Ganges. Que sean pútridas las aguas, que convoquen toda la podre orgánica, cadáveres de hombres y animales confundidos, es, paradójicamente, el escalón más alto de la purificación: la santidad. Asimismo en un grado más allá de la salubridad, la santidad se impone en su máximo anhelo de pureza la penitencia de revolcarse en los excrementos: san Francisco de Asís se cubría de inmundicia por amor a todo lo creado y en aceptación humilde de la hermana muerte; igualmente santa Catalina, al sentir repugnancia de las heridas de los pobres que cuidaba, se castigó a sí misma obligándose a beber una palangana llena de pus.

La imposición de una separación neta entre lo puro y lo impuro no deja de ser, en primer lugar, un intento de demarcación de los límites entre el *orden* y el *desorden*, según los dominios de cada cultura, tal como apunta en su fino estudio Mary Douglas[1]. Dado que lo puro no puede ser definido ni ideado sino como sueño de pureza —son sumamente sugerentes las reflexiones que sobre la dialéctica entre *Lo puro y lo impuro* hace Vladimir Jankélévitch[2]—, es necesaria la figuración detallada y obsesiva de toda la parafernalia de lo sucio y la impureza.

Por tanto es preciso observar un poco más abajo, detrás y antes de la constitución de esa relación dialéctica, y su servicio al orden do-

minante, entre lo puro y lo impuro, lo limpio y lo sucio, en el único lugar en que pudiera haber aún un rastro de verdad (en el sentido de no falso) no ideado y anterior a las configuraciones culturales y religiosas: en el niño chico. El niño pequeño es lo más puro (inocente, decimos) y, sin embargo, paradójicamente, gusta de la suciedad, juega con sus excrementos, come sus mocos y regala a su madre o a los mayores la primera caca como una preciosa donación, con su mejor sonrisa. Posteriormente, y durante años, goza con lo escatológico y el uso y abuso de los términos lingüísticos tabúes, acicatada su actitud, claro está, por la tentación de la infracción y de la desobediencia. Muy razonables e imprescindibles, si se quiere acceder desde lo hondo a los orígenes de la formalización de las conexiones entre lo puro y lo impuro, son las numerosas pistas que da Freud sobre la relación primordial de los humanos con sus excrementos y los posteriores desplazamientos y sustituciones que se producen en las neurosis obsesivas y, en general, a lo largo de toda la vida sexual y económica de los sujetos, en muchos de sus textos como *Tótem y Tabú, El malestar en la cultura, Más allá del principio del placer, Sobre las transmutaciones de los instintos y especialmente del erotismo anal*, etc., y sus referencias son tan numerosas que traerlas aquí excedería el carácter de estas líneas de mera invitación al desmantelamiento de algunas de las vigas maestras del Alma, eso que hoy más pomposamente, pero tan religiosamente como antaño, llamamos el YO.

NOTAS

1. Mary Douglas, *Pureza y peligro: análisis de los conceptos de contaminación y tabú*, Siglo XXI, Madrid, 1991².
2. Vladimir Jankélévitch, *Lo puro y lo impuro*, Taurus, Madrid, 1990.

PUREZA, CIENCIA Y SUCIEDAD

EMMÁNUEL LIZCANO

Todas las civilizaciones, ante el caos de fenómenos e impresiones, se edifican mediante la imposición de un orden, la constitución de un mundo —tanto mental como físico y social. Este proceso de ordenación (*kosmeîn*, en griego) conlleva necesariamente la expulsión de ciertos elementos irreductibles a ese orden que cada cultura construye (y que la construye como tal cultura): son sus residuos, sus excrecencias o excrementos. Cada cosmos, es decir, cada sociedad, se erige así sobre la particular suciedad que lo constituye. Es tarea de la religión el delimitar ambos ámbitos —lo puro y lo impuro— y mantenerlos separados. Pero ese residuo que el orden crea para poder ser un orden es a la vez la mayor amenaza con la que el orden ha de enfrentarse, pues su presencia identificable desdibuja —ensucia, contamina— los perfiles nítidos por los que cada cosa es cada cosa y todo está en su lugar. La presencia del excremento denuncia la precariedad y arbitrariedad del orden que se funda sobre él, de ahí la importancia de negar ese vínculo *fundamental* y reconstruir míticamente los orígenes a partir de una pureza original (virginidad de la madre del Dios, pacto social ideal en que se funda la democracia, etc). Esa ilusión a la que cada cultura llama realidad exige el olvido de sus sucios orígenes y la reconstrucción ideal de sus fundamentos (y, por supuesto, olvidar también que se trata de un olvido y una reconstrucción). Los fundamentos de lo social —es decir, de la realidad— han de ser impensables para que el mundo no se des-fonde. Pero no es menos cierto que —como tan certeramente apunta Mary Douglas en *Pureza y peligro*[1]— la pureza así lograda es esterilizante. Por eso, el tratamiento de la suciedad y los residuos es un problema central en todas las civilizaciones:

en su modo de tratarlos cada una se retrata. Por un lado, como amenaza, los residuos han de disolverse hasta perder toda identidad (un pescado podrido deja de dar asco cuando se pierde en un montón de basura), pero, por otro lado, sin sus excrementos, el orden se torna pétreo y estéril (el ideal de pureza sexual hubiera llevado a su extinción a la cristiandad) y se hace imprescindible encontrar salvedades que permitan —mediante los ritos adecuados— tratar los residuos como elementos de regeneración. En esta tensión se juegan, cada cultura y cada ser humano, su salud o sanidad y su santidad (que, como bien sabe la lengua, son lo mismo).

En cada constitución de un mundo opera así un proceso sagrado de depuración que, a grandes rasgos, sigue cuatro etapas: a) separación o demarcación entre dos ámbitos (puro/impuro), b) mantenimiento sistemático de la exclusión mediante una serie de tabúes y reglas protectoras, c) institucionalización del olvido/destrucción de los dos pasos anteriores, y d) reelaboración permanente de los residuos contaminantes que, pese a todo, reaparecen sin cesar y por doquier.

Pues bien, también en esto la civilización científico-técnica es tan primitiva como las de los bushong, los hebreos o los yoruba. Y no lo es *a pesar de* su singularidad —la ciencia y la técnica modernas—, sino precisamente *por* ella. Es más, quizá la sin par virulencia de sus residuos contaminantes tan sólo sea proporcional a su sin par afán purificador, materializado en su «gran logro específico»: la búsqueda de un conocimiento puro, sin mezcla de residuos míticos ni de creencias espurias. Es decir, ese mito tan nuestro que imagina la posibilidad de un conocimiento *puramente* racional. (¿Habrá también que recordar esa raíz común de los términos *raza* y *razón*, que Christian Delacampagne rastrea en su magnífico *Racismo y Occidente*?, ¿habremos también de asombrarnos que haya sido en nombre de la pureza de la una y de la otra como se hayan emprendido las mayores campañas de depuración y exterminio contra razas/razones impuras, oscuras e inferiores: judíos puestos a la luz de los campos de concentración, indígenas expuestos a las luces del progreso científico...)

Para intentar dar con el corazón de ese vínculo sagrado entre ciencia y suciedad, ciertas pistas, a primera vista sólo anecdóticas, están al alcance de la vista: esas batas blancas con que suelen dar clase los profesores de ciencias (para protegerse de una suciedad que, al parecer, no contamina a los de letras), ese énfasis en la *distinción* entre ciencia —o investigación— *pura* y aplicada (de las que tan sólo la segunda es pensada como responsable de los posibles efectos indeseados y contaminantes), esos rituales de laboratorio para eliminar toda impureza (suciedad en las probetas, ruido en las señales, virus en los programas...) que pueda alterar el experimento, esas más de doscientas ocasiones en que los muy distintos autores de la *Enciclopedia Universalis*, por ejemplo, sitúan el término «ciencia» junto a derivados del término «puro», etc.

A lo que apunta este tipo de indicios es al carácter central de la ciencia en la constitución de lo que la modernidad tiene como sagrado, es decir, a esa forma específica de sacralidad con que la tecnociencia instituye lo impensable e intocable —literalmente, el tabú— de las sociedades modernas. Las cuatro fases de depuración y de evitar el contagio que hemos esbozado pueden observarse, en lo que afecta a la ciencia, en dos niveles o registros: 1) en el modo de operar de la ciencia misma (por ejemplo, al seleccionar ciertos procedimientos cognitivos y rechazar otros, al establecer sus protocolos experimentales, al definir su metodología de investigación o al construir sus conceptos más técnicos), 2) en el modo en que la sociedad trata de —y trata a— la ciencia (por ejemplo, al narrar la historia de cada una de las ciencias, al jerarquizar los rangos de los saberes o al atribuir un tipo u otro de autoridad a los expertos).

Consideremos, por ejemplo, las formas específicas de suciedad y contaminación que se siguen de los dos procedimientos cognitivos privilegiados por el saber científico, a saber,

la abstracción y el análisis. Como aún recuerda el término griego (*aphairéo*), abstraer es *extraer*, sacar de lo específico y concreto lo que haya de común y genérico: de la especie «hombre» (=«animal racional») se abstrae/extrae el género «animal», quedando como *residuo* o exceso la *diferencia específica*: lo «racional». La culminación de esa empresa extractiva en que consiste nuestra metafísica es el *puro* «ser», que en el camino hacia su proclamación ha ido dejando como residuos o impurezas todas sus posibles determinaciones: ser esto, ser aquello o ser lo de más allá. La industria del petróleo es deducible de la gran industria metafísico-científica: depuración, residuos impuros, contaminación.

Mediante el análisis, nuestro otro magno proceso cognitivo, el objeto (en principio siempre híbrido, compuesto) se des-compone en elementos cada vez más simples, hasta dar con sus componentes últimos, ya indescomponibles, puros. A diferencia de la abstracción, aquí parecería que el camino de la purificación y el de la descomposición coinciden, que los elementos sagrados y ya intocables son precisamente los residuos producidos por la descomposición progresiva. Pero conviene recordar que el proceso no culmina hasta que, tras el análisis, los elementos puros y simples se vuelven a re-componer para, ahora por síntesis, volver a obtener el objeto de partida, ya convenientemente idealizado o purificado, es decir, apto para ese consumo ritual que se conoce como tratamiento científico. Lo que, tras el proceso de análisis-síntesis, ha quedado como residuo impuro por el camino es todo lo que había en el sucio objeto inicial que no pudiera obtenerse como agregación de elementos puros, es decir, todas aquellas cualidades secundarias (olores, sabores, emanaciones) con las que la ciencia, desde Galileo, no sabe qué hacer. El proceso histórico de purificación científica del agua hasta convertirla en H_2O es inseparable —como señala I. Illich[2]— de su utilización por la burguesía para eliminar la suciedad y los olores corporales que, al exceder los límites de cada piel y entremezclarse con los olores de los demás, obstaculizaban la constitución de individuos atómicos, claros y distintos, puramente democráticos.

La sacralización del objeto científico-técnico y el peligro que se sigue de sus necesarias impurezas estaban, pues, ya implícitos en los correspondientes procesos cognitivos: abstracción y análisis-síntesis. Si, como decía —creo que— Heidegger, la bomba atómica estaba implícita en el *cogito* cartesiano, la suciedad y los desperdicios modernos ya fueron arrojados por Galileo.

De todos los mecanismos cognitivos que distinguen los psicólogos, la abstracción y el análisis son los mejores vehículos para esa voluntad de pureza que mueve al espíritu científico. Para él, cualquier otro modo de saber será rechazado por impuro y contaminante. Así, el saber tradicional es —desde Descartes hasta incluso el «poético» Bachelard— el mayor obstáculo para el desarrollo de las ciencias. El conocimiento intuitivo, por su parte, sólo es admisible en un primer momento (el momento hipotético) y siempre que se someta a una escrupulosa depuración. Por no hablar del razonamiento analógico, tan habitual en tantas culturas, pero al que nuestra tradición niega toda virtud probatoria: la analogía entremezcla, difumina, ensucia los límites que los procesos abstractivos y analíticos tanto se esfuerzan en distinguir. (Sin embargo, como sin analogía es imposible el pensamiento, siempre quedará ese residuo analógico que es el signo igual de las ecuaciones, por el que todo buen científico sabe que no debe interrogarse si no quiere enfangar el limpio fluir de una secuencia demostrativa.)

Quizá ahora se entienda mejor la obsesión por la limpieza en los protocolos que se exigen al experimento científico: ese tipo de experiencia —de tan pura, casi imposible— que no debe estar contaminada ni por el sujeto (pues debe ser reproducible por cualquiera), ni por la ocasión (pues debe ser reproducible en cualquier momento), ni por agente alguno que se entremezcle con el objeto ideal o de-purado (asepsia del laboratorio). Que la experiencia ordinaria —por lo común, tan híbrida y sucia ella— se ajuste en nuestras so-

ciedades a las condiciones casi imposibles de pureza del experimento no debe extrañar a quien haya observado la proliferación de políticas encaminadas a hacer del universo y la sociedad un inmenso laboratorio. No es de extrañar que el culto a los «hechos» los presente como intocables e inmutables: los hechos *puros y duros*.

En lo que toca a lo intocable —por sucio y contaminante— de los conceptos científicos, basta recordar la intuición nietzscheana sobre sus orígenes literalmente excrementales (del latín *excernere*, «separar cribando»). El concepto, y ejemplarmente el concepto científico, se construye por de-puración de la metáfora que habita en su origen. Toda operación metafórica es una operación contaminante, mezcla lo que debía permanecer separado, emborrona los límites, pringa la nitidez exigible al concepto *claro y distinto* (distinguido) con el *humus* del lenguaje *ordinario* y del prejuicio compartido. ¿Qué respeto impondrían a nuestros bachilleres conceptos físicos como el de «fuerza» (F = m x a) o el de «trabajo» (T = F x s) si vieran en ellos una proyección sobre la *physis* de la necesidad *política* del hombre burgués de naturalizar el esfuerzo y el trabajo? (Bien mirado, ¿qué necesidad tienen los astros de *esforzarse* en sus desplazamientos ni de *trabajar* como *producto de* ese esfuerzo?)

El concepto científico de «fuerza» nace así —como tantos otros— como excrecencia de su correlato metafórico, por lo que la presencia de este residuo es un peligro permanente para su erección como concepto puro. En consecuencia, la auténtica operación cosmética (¿será también casual que «cosmos» y «cosmética» compartan un mismo origen?) estriba en presentar el excremento —el concepto— separado de su origen, es decir, fruto de un nacimiento virginal, sin mancha, con lo que, de excremento indiferenciado, pasa a ser algo distinto/distinguido: concepto puro, puramente concebido. Por eso, andarle hurgando las tripas contamina: inténtese excavar en el barro social que alumbró cualquier concepto científico o matemático y cuéntense los segundos que tardan los sacerdotes guardianes de la pureza en denunciar el empeño en términos que evocan profanación, mancillamiento o amenaza de ruina[3].

Es significativo que todo ese esfuerzo de higiene conceptual se aplique exclusivamente a los nombres o sustantivos, como dándose por supuesto que los verbos son *intratables* por la ciencia. En el enunciado «La presión que sufre un gas es proporcional a [...]», los sustantivos («presión», «gas», «proporción», etc.) están nítidamente definidos, pero, ¿cómo definen la química o la física ese «sufrir»? El verbo, como antes la analogía, es intocable y repudiado en ciencia, pues abre los conceptos al tránsito, a verterse unos sobre otros, ensuciándose. Nos vemos así llevados al segundo registro o nivel mencionado: no ya el trabajo de depuración, contaminación y aseo en que consiste la propia actividad científica, sino el que lleva a cabo, reduplicándolo, la casta sacerdotal encargada de velar por su pureza. Desde Kant hasta el positivismo lógico (pasando por los varios socialismos científicos, tan celosos por distinguirse de los utópicos o del sentido común popular), son innumerables los esfuerzos por trazar fronteras de demarcación que mantengan un ámbito de conocimiento fiable —literalmente, *digno de fe*— nítidamente separado de cualquier irrupción contaminante. Ya sea distinguiendo *limpiamente* entre ciencia y metafísica (o quimeras o superstición, etc.), ya disociando *escrupulosamente* un «contexto de descubrimiento» (donde pueden influir factores bastardos, como el azar, los intereses o la intuición individual) y un «contexto de justificación» (donde sólo imperan criterios lógicos y metodologías depuradas).

Este cinturón protector erigido y permanentemente alimentado por metodólogos, epistemólogos y demás celadores de la pureza científica se ve míticamente reforzado por las habituales historias de las distintas ciencias, auténticas reconstrucciones narrativas de carácter épico donde los héroes no son los científicos —humanos al fin y al cabo— sino los conceptos y teorías que, tras agónicos com-

bates con todo tipo de enemigos exteriores (credulidad, superstición) e interiores (las inevitables impurezas de su origen), renacen depurados y limpios de toda contaminación. Como bien sintetizó G. Sarton, padre de los estudios históricos de las ciencias, «la historia de la ciencia es la historia de la unidad del género humano, de su sublime designio, de su gradual redención».

NOTAS

1. M. Douglas, *Pureza y peligro: análisis de los conceptos de contaminación*, Siglo XXI, Madrid, 1973.

2. I. Illich, *H_2O y las aguas del olvido*, Cátedra, Madrid, 1989, (reseñado por E. Lizcano, en *Archipiélago* nº 4, pp. 160-162.

3. Véase el estudio ejemplar que hace David Bloor, en *Conocimiento e imaginario social*, de la indignada reacción de Frege, campeón de la pureza de la lógica, ante los intentos de Mill de «contaminarla» de psicologismo.

LA CONTAMINACIÓN MODERNA: PUREZA DE SANGRE Y EXTERMINIO

PAZ MORENO FELIU

La mayor parte de los antropólogos, cuando ilustran la dicotomía puro/impuro de forma que sea comprensible para nosotros, la suelen traducir a la oposición limpieza/suciedad para, posteriormente, explicar cómo nuestra cultura encasilla tales categorías en el campo de la higiene. Sin embargo, existen movimientos políticos modernos que clasifican, expulsan y aniquilan a ciertos grupos de personas utilizando la oposición pureza/contaminación. La aplicación a tales ideologías y situaciones de los análisis realizados por los antropólogos, sobre todo tras los debates suscitados por las obras de M. Douglas y L. Dumont, puede ayudarnos a desterrar la superstición de que entre nosotros no existen, o no tienen relevancia, clasificaciones tan primitivas y a reconocer que hay algunas limpiezas, a las que con toda naturalidad denominamos étnicas, que más que al campo de la higiene pertenecen al de la exclusión, cuando no al del genocidio.

Contaminación, pureza y contagio

Mary Douglas en su libro *Pureza y Peligro*, y en otras obras posteriores, derribó algunos de los límites que el propio desarrollo de las teorías de la religión había impuesto al estudio de las nociones de contaminación, pureza y contagio. En primer lugar Mary Douglas rompió el dualismo existente entre «nosotros», los civilizados para quienes la contaminación pertenece al campo de la higiene, la medicina, los alimentos o el medio ambiente y los «otros», los primitivos, inmersos en un mundo de rituales y ceremonias de purificación. En segundo lugar, Mary Douglas criticó la rigidez de la distinción durkheimniana entre lo sagrado y lo profano y la falta de claridad de la oposición puro/impuro cuando ésta caía fuera del dominio religioso: «Según este punto de vista, cuando lavamos, fregamos, aislamos y desinfectamos, obtenemos solamente un parecido superficial con las purificaciones rituales. Nuestras prácticas están sólidamente basadas en la higiene; las suyas son simbólicas: nosotros matamos gérmenes, ellos se protegen de los espíritus [...] Sin embargo, el parecido entre algunos de sus ritos simbólicos y nuestra higiene aparece a veces misteriosamente próximo».

¿A qué se refieren estas categorías de puro, impuro, contaminación y contagio? Douglas sostiene que una de las tareas de los sistemas simbólicos consiste en dividir el mundo en categorías claramente delimitadas. La existencia de anomalías (objetos que permanecen fuera de los límites) es simultáneamente un peligro para el sistema de clasificación y un marcador de las categorías violadas. Dentro

de la oposición establecida, la noción de pureza subraya la existencia de un conjunto de relaciones ordenadas, con límites precisos, mientras que la contaminación, como estructura de ideas, se refiere a todos los hechos o acontecimientos que introducen una indeseable ambigüedad al contradecir o alterar las clasificaciones admitidas (así, por ejemplo, en su oposición a la limpieza, la suciedad es «materia desordenada»: son sucios unos zapatos en la mesa, los objetos del baño en el comedor, o los cacharros de la cocina en el dormitorio). En obras posteriores Douglas reconocería que, si bien todas las anomalías no son analizables en términos de pureza/impureza, cuando sí se produce esta oposición, es pertinente incluir en el estudio todas las reglas de contaminación de una cultura dada y no sólo las que formen parte de los cultos religiosos.

En cualquier caso, las culturas crean mecanismos para ordenar y controlar las fuentes de contaminación que ponen en peligro el orden social, porque una característica de lo impuro es que corrompe aquello que le rodea: en este sentido, la distinción entre pureza y contaminación ayuda a explicar reglas y prácticas fundamentales que se encuentran tanto en las sociedades «primitivas» como en las «civilizadas». Las categorías de puro e impuro, a menudo, se presentan en racimos de metáforas mediante las que se expresan las relaciones entre la clasificación de situaciones, objetos y personas y la acción. Desde un punto de vista empírico la oposición puro/impuro, no es la causa de la acción sino su forma, tanto instrumental como expresiva.

La clasificación y las reglas varían de una cultura a otra: en algunos sitios se teme la contaminación de la sangre menstrual y se prescribe la relación e incluso el trabajo de las mujeres menstruantes; en otros, la fuente de contaminación es el contacto con cadáveres; otras culturas centran sus reglas en la prohibición de cierto tipo de alimentos. Las creencias relativas a la clasificación entre puro/impuro, independientemente de que la atribución a los objetos desde una perspectiva comparativa sea arbitraria, no sólo aclaran y mantienen las definiciones sociales sino que también restringen el contacto social entre diversos grupos de personas. No otra es la razón por la que la clasificación entre lo puro y lo impuro impregna diversas esferas de la cultura, tales como pueden ser la racionalización de las jerarquías sociales, la división en clases, las clasificaciones de género, las concepciones y tratamientos de la salud y la enfermedad y muchos de los rituales de paso, fundamentales en la regulación social del ciclo vital.

Impureza temporal y permanente

Como se desprende de lo anterior, las clasificaciones entre puro y contaminado no se refieren sólo a alimentos, objetos y situaciones, sino también a la gente misma. Ciertas personas pueden estar temporalmente contaminadas. Por ejemplo, suele existir impureza en la mayor parte de los ritos de paso, impureza que, a menudo, se purifica mediante el baño. En muchas culturas los niños son impuros tras el nacimiento. En otras, las personas que están en contacto con los muertos adquieren impureza.

Muy a menudo los flujos corporales, tales como la sangre menstrual o el semen, se consideran impuros y contaminantes. Esto no debe hacernos pensar que el carácter contaminante de los fluidos corporales afecte a las categorías de género de manera estática, sino que, debido a su carácter temporal, la propia ambigüedad puede convertir en no permanente la clasificación del género de las personas. Un buen ejemplo nos lo brindan los Hua de Papua-Nueva Guinea estudiados por Meigs: «Todas estas substancias (sangre menstrual, secreciones vaginales, fluidos del parto, semen) son transferibles entre las dos clases genitales, esta clasificación permite cruces: una persona genitalmente masculina puede ser clasificada como femenina por su contaminación por substancias femeninas, y una persona genitalmente femenina puede ser clasificada como masculina por haber transferido su contaminación fuera de su cuerpo». Sin embargo, hay otros casos en los que algunas personas son consideradas permanentemente

impuras y que incluso transmiten la impureza a sus herederos. Atribuir a ciertas categorías de personas (y sus objetos) una impureza permanente es una característica de sistemas sociopolíticos jerárquicos que, como parte de una segregación en términos absolutos, imponen la falta de contacto entre ciertas categorías como ocurre en los sistemas de casta: la definición de los intocables se caracteriza, precisamente, por su carácter contaminante al relacionarse con los miembros más puros de las castas superiores. Uno de los ejemplos más claros es el sistema de castas en la India, analizado por el antropólogo L. Dumont quien aplicó la oposición puro/impuro para explicar las bases ideológicas de la jerarquía hindú.

La cuestión aria: la protección de la sangre alemana

No hay que ser un antropólogo obsesionado por la oposición pureza/impureza para constatar su presencia formal en situaciones plenamente modernas, como en las llamadas leyes de Nuremberg.

Sin embargo, es necesario realizar algunas matizaciones previas: en primer lugar, hay que entender que la oposición puro/impuro no fue la causa de la segregación y exterminio de millones de personas, sino que ésta fue la forma en la que se configuró (protección de la sangre alemana y sus grados, limpieza racial, contaminación racial). En segundo lugar, esta oposición se clasificaba ideológicamente en el moderno campo de la higiene, de la llamada ciencia de la higiene racial. Sin emabrgo las nociones de limpio/sucio son anteriores a la propia definición de la higiene, sobre todo en cuanto al campo patógeno se refiere. La configuración ideológica que cristalizó en la política de definición de la pureza de sangre está formada por una amalgama de símbolos prestados, provenientes de distintos orígenes, como señala la propia utilización del termino «sangre» para expresar la utópica existencia de una población homogénea.

Por último, dada la complejidad de las medidas de los nazis, si se sigue estrictamente un orden lineal se corre el peligro de no comprender plenamente el proyecto utópico que presentaban, o, lo que es lo mismo, de considerar todas sus medidas políticas y legislativas en términos negativos (expulsión, antisemitismo) y olvidar el papel fundamental del proyecto del hombre nuevo (con sangre puramente nórdica) como la forma positiva de sus leyes. No hacerlo así sería un caso paradójico de lo que Dumont denomina «englobamiento del contrario».

Entre 1933 y 1941 se emiten ocho leyes que tratan específicamente de definir quién es ciudadano, en qué consiste la salud del cuerpo social (para utilizar las metáforas orgánicas), las causas de contaminación y cómo evitar el contacto:

- 7-4-1933. Ley de funcionarios. Solicitud de antecedentes arios y políticos correctos para ser funcionario civil: expulsión de las profesiones públicas de judíos, comunistas e izquierdistas.
- 14-7-1933. Ley de esterilización. Su objetivo eugenésico era mejorar la salud genética de la población mediante un proceso de selección y eliminación de los considerados débiles o enfermos.
- 29-9-1933. Ley agraria. Los granjeros son declarados patrimonio racial de la nación. Los herederos de las granjas habían de ser de sangre alemana o emparentada.
- 24-11-1933. Ley de castración: permitía la castración de delincuentes sexuales.
- 15-9-1935. Ley de protección de la sangre y el honor alemanes (las llamadas leyes de Nuremberg). Prohibía las relaciones sexuales y el matrimonio entre judíos y alemanes. Clasificaba en grados a los descendientes de «judíos» y «arios».
- 18-10-1935. Ley de salud matrimonial: certificados de aptitud racial para contraer matrimonio.
- 15-11-1935. Ley de la ciudadanía. Distinguía entre ciudadanos (alemanes arios), dotados de todos los derechos, y habitantes (judíos, no arios y mujeres alemanas solteras).
- 1-9-1941. Todos los judíos están obligados a portar la estrella de David.

Las llamadas leyes de Nuremberg, denominación bajo la que se incluyen la Ley de la protección de la sangre y del honor alemán y la Ley de la ciudadanía, se suelen considerar el marco jurídico de la exclusión de los ju-

díos. Pero, siendo lo anterior innegable, sólo lo es porque la oposición establecida marca la definición positiva de la ciudadanía alemana: se opone la «sangre» alemana a la «sangre judía»: es judío aquel que tiene al menos tres abuelos clasificados como judíos desde un punto de vista «racial».

En todas estas leyes persisten, al menos, dos concepciones que a veces entran en conflicto: una que podríamos denominar orientación «genetista» y otra, «de contagio» que consideraba las mezclas un mal absoluto. Es decir, coexistía tanto la influencia de los higienistas raciales como la de autores de tendencia «mística» tales como A. Dinter, cuya obra *Pecado contra la Sangre* había sido un éxito de ventas en 1924. Siguiendo la definición nazi de que la política era «biología aplicada», las leyes son propuestas como una cuestión sanitaria para enfrentarse a tres problemas:

1) La tasa decreciente de natalidad (así, las mujeres solteras carecen de derechos ciudadanos).

2) El peligro del éxito reproductor de los peores elementos de la sociedad: ley de esterilización, de castración, o en su forma positiva, la ley de salud matrimonial.

3) El peligro de las mezclas: prohibición de relaciones sexuales y matrimonios entre «arios» y «no arios» y la exclusión de los carentes de sangre aria de la ciudadanía.

Estrictamente hablando, muchas de las leyes tenían precedentes ideológicos y a veces legales (asociaciones eugenésicas, leyes de esterilización, leyes de segregación racial) tanto en Alemania como en otros países occidentales, notablemente en Estados Unidos. Lo que no tenía precedentes fue la confluencia de las ideas legales, médicas y políticas con un proyecto político global y radical dispuesto a llevarlas a cabo.

Anomalías: contaminación y mezclas

Ser judío o ser ario es a partir de entonces una cuestión de sangre, de sangres opuestas, no de religión, no de creencias, no de cultura. ¿Cómo se articulaba la «selección biológica» y la política? Estableciendo barreras para evitar que la sangre judía contaminase el cuerpo del pueblo alemán. Como en las clasificaciones de puro/impuro, las leyes de Nuremberg han establecido la definición del ciudadano del *Reich*, la definición de judío y el poder contaminante del contacto. Así (en sus propios términos) las relaciones (no sólo sexuales) entre judíos y no judíos era «polución racial». Los hombres acusados de violar la ley lo eran de «ataque a la sangre alemana», si eran judíos; de «traición contra su propia sangre» si eran «alemanes». La pena por mantener relaciones sexuales era de prisión o de muerte (según la época). Sin embargo, según la sección 2 de la ley, las mujeres, como eran pasivas en las relaciones sexuales, no eran castigadas legalmente por incumplirla.

La contaminación del contacto, especialmente de sangre o sexual, podía «desclasificar» a un «ario puro». Así se entiende el caso judicial de un miembro de las SA que a comienzos de 1935 tuvo un accidente de coche casi a las puertas de un hospital judío donde al atenderle le hicieron una transfusión de sangre de un donante judío. Al curarse, un tribunal disciplinario de las SA le juzgó para saber si podía continuar en las SA ante la pérdida de su pureza de sangre. La sentencia fue que, si bien en sentido estricto debería ser expulsado de las SA, había una circunstancia atenuante: el donante judío había luchado en el frente en la I Guerra Mundial, así que según la ley del Servicio Civil podía continuar siendo miembro de las SA. Tras la promulgación de las leyes de Nuremberg hubiese sido expulsado. El poder del contagio era tal que los soldados y miembros de las SA y SS tenían expresamente prohibido casarse con la viuda de un judío: no sólo por contaminada sino por carecer de «instinto de conservación racial».

Las leyes evitaban las mezclas para el presente y para el futuro, pero ¿qué hacer con los «errores» del pasado?, ¿qué hacer con las personas de sangre mezclada, los llamados *mischling*, aquellos que no eran «arios» ni «judíos»? Calcular el peso de cada «parte» de su

sangre: unos fueron clasificados «no arios», mezclados de primer grado (si tenían dos abuelos «judíos» y dos «arios») y no podían tener descendencia; otros lo fueron como alemanes, mezclados de segundo grado, que tenían un abuelo judío. Podían casarse con alemanes, pero no con alguien en sus mismas condiciones, porque entonces, siguiendo una aplicación peculiar de las leyes de Mendel, la suma de la sangre contaminada haría que los hijos fuesen mediojudíos y nadie podía engendrar más *mischling*. La cuestión estribaba en el cálculo de sangre aria que poseían, sangre que no podía ni contaminarse ni desperdiciarse, como muestra el caso inverso de los llamados alemanes étnicos que tuvieron que demostrar en qué proporciones poseían sangre alemana.

Miles de personas procedentes del mosaico centro europeo y báltico pasaron a ser alemanes porque las órdenes de Himmler eran claras: «Que no se pierda una gota de sangre alemana». A partir de septiembre de 1939 se iniciaron las políticas denominadas «sangre y suelo», cuyo objetivo era la reestructuración racial, la limpieza étnica del este de Europa. El proyecto constaba de dos partes, la demarcación ficticia de ciertos territorios como puramente alemanes (espacios vitales), que serían colonizados por los alemanes étnicos, y la expulsión de judíos, gitanos y polacos de dichos territorios. En la Alta Silesia, en la zona de Zamosc, Globocnik, siguiendo órdenes de Himmler y de Muller, jefe de la Gestapo, fue encargado de expulsar a los campesinos polacos de sus granjas y estudiar, siguiendo métodos genealógicos y onomásticos, cuántos de entre ellos eran de origen alemán: «La sangre alemana no puede considerarse propiedad privada».

Una vez libre de judíos y gitanos, los granjeros polacos de la región fueron clasificados en varias categorías: alemanes étnicos (tan sólo un 5%), niños «recuperables», apartados de sus familias y enviados a Alemania, mano de obra esclava, o eslavos subhumanos. En noviembre de 1942 Globocnik declaró la región libre de judíos y apta para la colonización por los alemanes étnicos. No por casualidad el nuevo espacio vital, idóneo para la política de «sangre y suelo», albergaba los campos de exterminio de Belzec, Sobibor y Majdanek.

REFERENCIAS

- A. Abrams, *Hitler's Third Race*, Lyle Stuart Inc., Nueva Jersey, 1989.
- C. Browning, *The Path to Genocide*, U.P., Cambridge, 1992.
- T. Buckley y Gottlieb, *Blood Magic: The Anthropology of Menstruation*, U.P., California, 1988.
- E. Conte y C. Essner, *La Qûete de la Race*, Hachette, París, 1995.
- M. Douglas, *Pureza y peligro*, Siglo XXI, Madrid, 1973, pp. 50-51.
- M. Douglas, *Self-Evidence. Proceedings of the R.A.I.*, 1972, pp. 27-43.
- L. Dumont, *Homo hierarchicus*, Aguilar, Madrid, 1970.
- L. Dumont, *Ensayos sobre el individualismo*, Alianza, Madrid, 1987.
- R. Hilberg, *Documents of Destruction*, Quadrangle Books, Chicago, 1971.
- S. Narotzky, *Mujer, mujeres, género*, CSIC, Madrid, 1995.
- R. Proctor, *Racial Hygiene*, U.P., Harvard, 1988.

ANTES DE LA «PUREZA» APUNTE SOBRE LA PUREZA Y LO SAGRADO

RAFAEL SALAMA BENARROCH

La primera vez que topé con la idea de pureza fue al final de mi niñez. Antes de acudir a la sinagoga, le pedí a mi madre mis *Tefilim* (filacterias), esas dos cajitas de cuero negro que encierran un pergamino con pasajes bíblicos y de las que salen unas correas para dejar aquéllas prendidas junto al corazón y la cabeza y ser usadas así en los cultos matinales. Ella lo guardaba todo celosamente en su armario, y esta vez me dijo: «Cógelo tú de ese cajón, que yo no puedo». «¿Por qué?», le pregunté. «Porque estoy impura», contestó, con un gesto de gravedad y misterio.

Años después, fueron mis profesores marxistas de la Universidad quienes me asomaron, con su crítica, a la «moral pequeñoburguesa kantiana», que distinguía los placeres «puros» e «impuros» (incluyendo en éstos los sexuales y gastronómicos). O, más adelante, a aquellos filósofos posmodernos o posnietzscheanos, nihilistas, epicureístas, vitalistas, o como prefieran las jergas al uso denominarlos, que recomendaban con fervor destruir la aciaga y judeocristiana dicotomía, y entregarse al fin a la ley dionisíaca de los placeres sin fin...

Estaba ya uno, para entonces, lo bastante azorado en sus pobres carnes por los golpes de la Realidad y los del vislumbre de lo allende real, como para que su razón desconfiara, cuando menos, de tanta ley y contraley, misteriosas y fervorosas, que habían venido a echarle a la vida tanta confusión, guerra y duda, tanto sufrimiento inútil.

Desde la confusión, tratando ahora de rastrear un poco en las fuentes del concepto de pureza, y retornando a sintomáticos usos judaicos como el citado al principio, comprobamos cómo en la frecuentemente indescifrada o indescifrable *Toráh*, se determina en efecto (*Levítico*, 12 y 15) el estado de «impureza» (*Niddáh*) cuando se padecen determinados flujos, como el de la menstruación o el del posparto en la mujer. Muchas exégesis rabínicas sentencian claramente cómo se trata de una exclusión social de la mujer (que, además de la abstinencia sexual, tiene que soportar un período de prohibiciones —pues todo lo que toca, por ejemplo, queda igualmente impuro— y profusos mandatos de purificación, entre los que figura el baño ritual como el más conocido), lo que ahonda el dominio privado y público por parte del varón. Omito aquí otras lecturas igualmente no «ortodoxas» que abundarían en un horizonte crítico similar.

Otros comentaristas, sin embargo, no tienen una opinión tan peyorativa al respecto y ven meras razones comunes de salud e higiene dentro de un gran código ético como la Biblia, que aplica las mismas sentencias para otros casos asociados a ese tabú del principio sanguíneo, enigmático portador del alma de la vida. Así, recuerdan la prolija y sutil clasificación de pureza de los alimentos cárnicos, que cuenta como uno de sus criterios básicos la forma de matar al animal y su desangrado (la ingestión de sangre no está permitida y queda asociada a posible acortamiento de la vida).

Cualquier embrión que pudiera germinar en una mujer —eventualidad que es considerada en sí misma una bendición— requeriría, para su buen desarrollo, que ésta le aportara toda su sangre fresca, renovada o vaciada ya de las impurezas de su sangre excedente. *El Zohar*[1] revela, por otra vía, la extraordinaria sensibilidad de esta tradición respecto al potencial de infinito bienestar de cada ser, al demandar las máximas —incalculables— condiciones de nobleza y belleza ya desde el momento mismo de la concepción, elevando así, por lo demás, a «sagrada» la calidad del encuentro entre hombre y mujer. Respecto de la dualidad de los sexos, la Cábala ve representadas las reglas periódicas de la mujer en los períodos mensuales de los eclipses de la luna, en los que ésta parece ocultarse del invariable poder iluminador del sol para volver enseguida al encuentro de su compañero astral; la observancia de «los días de la pureza» ayudaría a los esposos a cumplir un ciclo armónico que les preserva de sus dos grandes enemigos: «el exceso de pasión y la frialdad del hábito».

Pero en la *Toráh* se habla de pureza en otros casos muy diversos. Así, por ejemplo, si ha habido contacto con un cadáver o con una enfermedad mortal, se cae en un estado transitorio de impureza. Y exactamente ocurre para el mismísimo caso del rabino, tras haber tocado la propia *Toráh* en el servicio religioso.

Es decir, centrándonos en el valor significante más que en el contenido mismo de la significación, lo que subyace en todos los ejemplos citados, lo que hay de importante y común en todos ellos, no es, desde luego, la mayor o menor audacia o credibilidad de los contenidos literales de la palabra divina o de su exégesis, sino la necesidad religiosa de recordar la *separación* que hay entre aquello que es puro y sagrado, y lo que no lo es. Recordar que hay más que lo que se ve, más que la realidad establecida por la institución social; si bien sabemos que las religiones no han podido dejar de ser instituciones que, con sus códigos discursivos (a través del inexorable mecanismo alusión-elusión) han pervertido la pureza en el mismo momento en que la nombraban.

En su imponente *Teoría de la religión*[2], Georges Bataille nos recuerda cómo la continuidad animal o divina de los seres vivos y del mundo, la sagrada existencia basada en lo «apersonal, indistinto e inmanente», a la vez que atrae incomparablemente, aparece como un horror lleno de vértigo y peligro a la hora de preservar la estabilidad y el «orden real de las cosas». Para preservar este orden discontinuo de los elementos fastos y nefastos (azar, violencia, negación, etc.) del mundo sagrado, la divinidad fue racionalizada y moralizada. Como resultado de este deslizamiento, lo divino o sagrado (hechos ya concepto, idea o lenguaje) queda asociado a «pureza», mientras que la realidad profana a «impureza».

El mismo autor afirma cómo la interdicción-atracción esencial que emana de esa moral afecta privilegiadamente a la muerte y a la sexualidad, a la desmesura y el desorden violento inherentes a ellas, y llega a explicar, por cierto, las prohibiciones asociadas a la sangre menstrual y del parto, como exponentes de la «mancha» atribuida a hechos que son también, aun subsidiariamente, resultados de una «violencia interna». Experiencias como la erótica o la mística tendrían en común la capacidad transgresora de la profana discontinuidad del mundo real o sensible.

Para Bataille, la interpenetración entre la moral y el mundo divino es bastante ambigua en las sociedades arcaicas, y, así, el hombre primitivo, si no ha soportado continuamente la «violencia contagiosa de la intimidad», sólo accede a una economía o moral de relación con las cosas, en tanto que siente dicha economía como «improductiva» o transitoria, y puede retornar al sacrificio animal y a otros ritos en cuanto presenta añoranza de aquella «intimidad». Frente a ello, nuestras actuales economías desarrolladas se caracterizan por la primacía de la productividad en sí misma y de la razón-Ciencia; aquí, la separación se ha consumado y extremado ya patéticamente, decantándose por el orden de la realidad y la moral.

Por ello, concluye Bataille, «la gran debilidad de las diversas posiciones religiosas es haber sufrido la alteración del orden de las cosas sin haber intentado modificarlo, dejándolo como estaba, no haciendo sino oponerle los límites de la moral». Y así las cosas, parecería seguir animándonos, por debajo, una particular sensibilidad (religiosa), común en el devenir histórico, que nos incita a un *déjà vu*, a una nostalgia reminiscente o vislumbrante de aquella «intimidad que no estaba separada de nada», de aquella infinitud no domesticada por la razón científica. A seguir tras la pista de aquella pureza anterior a la idea misma de «pureza». A seguir utilizando nuestra conciencia de forma destructiva, «improductiva», y entregarnos, siquiera en la «noche», a un dulce perderse en su instante eterno...

* Sobre el tema de «Lo Sagrado» *Archipiélago* está preparando un número monográfico para el próximo año.

NOTAS

1. *El Zohar* o «Libro del Esplendor», obra monumental y esencial del pensamiento cabalístico judío, compilada en la judería española medieval.

2. Georges Bataille, *Teoría de la religión*, Taurus, Madrid, 19913.

LA INMACULADA MERCANCÍA DE LAS MUJERES

FÉLIX PÉREZ-HITA

Como explica Sombart en su estudio sobre la importancia del lujo en la formación del mercado, desde hace tiempo la mujer honesta sigue los pasos de la puta en muchas cosas, también en estas de la limpieza y el maquillaje. «La señora honesta de la sociedad, si no quiere ser totalmente eliminada, ha de entrar en competencia con la *cocotte*. Lo cual implica ciertas condiciones mínimas de cultura que la dama de sociedad ha de cumplir, por muy decente que sea. Y así, la *femme honnête*, incitada por la cortesana, hubo de lavarse.»[1] Es decir, las Señoras de Tal empezaron a lavarse para poder competir con las cortesanas, con las muchas Cualquieras con que sus Tales maridos se divertían mucho más. La Mujer debe ese progreso higiénico, pues, a las prostitutas (clara muestra de ello es la institución francesa del bidé).

El ritual de la *toilette* se difundió enormemente entre 1880 y 1910 (poco más tarde, Karl Kraus diría: «La cosmética es el cosmos de la Mujer»). Esta moda invasora fue alentada por la teoría infeccionista que subrayó los riesgos de la obturación de los poros por la grasa, portadora de miasmas, con lo cual se impuso una vigilante limpieza de los «secretores» del organismo. A principios de siglo abundaban los casos desgraciados en el uso de cosméticos: productos cáusticos que producían serias quemaduras en la piel, o incluso la muerte; sustancias para la depilación hechas con arsénico, que envenenaban lenta pero irreversiblemente a las mujeres; tintes de pelo que las dejaban ciegas, etc. Por los años 30, ciertos activistas empezaron a pedir leyes que velaran por la seguridad en el uso de esos productos. (Todavía hoy parece que se tienen problemas en este sentido con comunidades negras que, por querer aclararse la piel, se embadurnan con potingues de terribles efectos secundarios.)

Antes de la concepción moderna de la limpieza y la higiene, estar limpio significaba, en primer lugar, no tener manchas, idea que aún deja notar su enorme peso. Inmaculada significa que no tiene mancha; purísima, casta, ajena a la sensualidad (o de una pureza que sea lo más sensual del mundo: el lienzo o la página en blanco que apetece manchar, el violín virgen que apetece hacer sonar...); impecable: incapaz de pecado, que no tiene tacha. La misma Real Academia de la Lengua, con su lema «limpia, fija y da esplendor», pretende purificar el lenguaje, como si antes de ella hubiera un lenguaje sucio. Parece claro que la influencia de lo físico sobre lo moral determina en gran medida el valor de lo limpio y lo ordenado; la cara sigue siendo espejo del alma: blanca, morena o negra, lo que cuenta es la uniformidad de la piel, la falta de manchas. Las mujeres han de ser inmaculadas, sin mácula. La piel tersa, suave y de tono homogéneo es codiciada, tanto en el rostro como en las manos («¡Mira qué cutis, cómo se lo cuida!», «¡Mira qué manos!... ésa no ha fregado un plato en su vida»). Las modelos de hoy (cortesanas de alto *standing*) son objetos ideales de deseo para muchos hombres, para la mayoría, y modelos de mujer para las mujeres: modelos de belleza, de lujo y de buena vida... al menos futura (se habla de fortunas de miles de millones), de vida asegurada (idea de paraíso para muchos), con su trabajo lucrativo rodeado de confort y placeres, de libertad, de viajes pagados a lugares exóticos y *chic*, invitaciones a fiestas para que hagan de *decorativas*, como decía Ferlosio[2].

Pero, a diferencia de las técnicas de maquillaje de pueblos primitivos (adornos abstractos o pinturas que intentan evocar la imagen estereotipada de tótems), las mujeres occidentales de hoy fabrican una especie de retrato realista, aunque *idealizado*, de sí mismas, de

cómo quieren ser vistas, de cuál ha de ser su *personalidad* a los ojos de los demás, invitadora y distante a un tiempo. El cuerpo está supeditado más que nunca a la imagen, al «mírame y no me toques». «Él la quería palpar;/ pero ella era/ audiovisual»[3]. Esas modelos que anuncian los potingues mágicos, las Venus modernas de cutis impecable, nacen de las computadoras, ya que hoy se hace por ordenador gran parte del trabajo de limpieza y borrado de imperfecciones de las maravillosas caritas que salen en las portadas de las revistas, y si uno se acerca para descubrir alguna imperfección sólo verá *pixels*. Las compañías de cosméticos nos bombardean con modelos inalcanzables, para que la insatisfacción de la consumidora esté asegurada. Porque ya no son polvos de arroz, sino computadoras las que hacen «desaparecer de la tez todas las manchas que la naturaleza ha sembrado de forma ultrajante, y crear una unidad abstracta en el tono y el color de la piel, unidad que, como la producida por la envoltura, aproxima de inmediato al ser humano a la estatua, es decir, a un ser divino superior»[4]. Antes la gente dudaba de que la manipulación fuera tan descarada y poderosa, de que con sólo el montaje, los decorados y retoques convencionales se pudiera falsear tanto la Realidad, pero ahora ya se ha hablado lo suficiente de realidad virtual (lo virtual no es más que un estadio exagerado de la ya ideal Realidad), se sabe que lo Real es lo creado e inventado para cada temporada, o cada mañana, por los Medios de Formación de Masas.

En el capítulo quinto de la segunda parte de *Los viajes de Lemuel Gulliver*, en su viaje a Brodiñag (*Brobdingnag*, en el original), país de gigantes (y gigantas), Swift nos describe una escena de pesadilla en que unas doncellas juegan con Gulliver a placer:

> [...] y se vestían según estaba yo en su tocador ante sus cuerpos desnudos, lo cual, podéis estar seguros, estaba muy lejos de ser un gusto para mí ni una tentación, ya que no me producía otras emociones que las de horror y espanto. Su cutis se me mostraba tan áspero y poroso, tan variadamente coloreado cuando lo veía de cerca, con agujeros aquí y allá, profundos como una trinchera, y con pelos tan gordos como cuerdas, por no decir más del resto de su persona. [...] La más guapa de aquellas damas de honor, una muchacha frívola y simpática de unos dieciséis años de edad, me montaba a caballo algunas veces en un pezón, con otros muchos juegos que me excusará el lector. Pero a mí me disgustaba tanto aquello, que obligué a Glumdalclitch a que buscara un pretexto para no ver más a la joven en cuestión[5].

Pesadilla masculina: enormes mujeres jugando con el hombrecito, olvidadas de las exigencias que la sociedad masculina les ha impuesto. Exigencias entre las que está el adorno, la *body-sculpture*, las pinturas y sombras que subrayan o decantan los rasgos de la cara en el sentido deseado y, sobre todo, un maquillaje que juega a disimular, a tapar imperfecciones, manchas y arrugas de la piel. Escuchemos la defensa de Baudelaire: «La mujer está en su derecho, e incluso cumple una especie de deber, aplicándose a parecer mágica y sobrenatural; tiene que asombrar, encantar; ídolo, tiene que adorarse para ser adorada. Tiene, pues, que tomar de todas las artes los medios para elevarse por encima de la naturaleza para mejor subyugar los corazones e impresionar los espíritus. Importa poco que los ardides y el artificio sean conocidos por todos si el éxito es seguro y el efecto siempre irresistible»[6]. Las máscaras modernas, plásticas y sofisticadas, no dejan de ser expresión de la presencia de entidades sobrenaturales. Las mujeres enmascaradas se sienten interiormente transformadas y asumen las cualidades del papel que representan, el que han planeado delante del espejo. El maquillaje es un arma femenina, muy femenina, un juego consentido y fomentado por el dominio masculino y la dialéctica del sometimiento femenino[7]. Una escena familiar: mi sobrina, con un año y medio, apunta con su dedito el bolso de su abuela, donde sabe que guarda un pintalabios; se señala sus labios y le pide con la mirada que se los pinte. Maravilla de la inocencia del niño, que jugando denuncia las cosas y las relaciones adultas, marcadas por la prostitución universal. («Al despojar a

las cosas con las que se entretiene de su utilidad mediada, [el niño] busca salvar en el trato con ellas aquello que las hace buenas para los hombres y no para la relación de intercambio, que deforma por igual a hombres y cosas»[8]) Las mujeres se maquillan porque maquillarse es cosa de mujeres, porque es lo que está *mandao*. Hoy en día incluso hay puestos de trabajo en que está mal visto que la empleada no se tome la molestia de pintarse un poquito la cara para dársela a los clientes... o a los jefes. Así, algo que empezó como ostentación de ociosidad y lujo (Veblen) se ha convertido en obligación y trabajo para muchas oficinistas, dependientas y camareras de locales finos y grandes almacenes, que, además, si no quieren manchar la almohada, tendrán que desmaquillarse antes de irse a dormir. En esto tienen ventaja las jornaleras de la fábrica, en que nadie les exige que vayan maquilladas al trabajo; no necesitan arreglarse la cara, para hacer lo mismito que hacia Charlot en *Tiempos modernos*.

«Cuando hacemos estudios de mercado, nos damos cuenta de que las mujeres están hartas del ritual tradicional del desmaquillaje diario: leche más tónico más desmaquillante de ojos (sin contar el algodón)»: esto decía, exactamente, la directora de márqueting de una empresa española de cosmética facial. A muchas mujeres les da pereza desmaquillarse antes de irse a dormir, y por eso acaban por aburrirse y por maquillarse sólo muy señaladas veces. Los jefes de márqueting de la industria cosmética saben que, si se hace más fácil, cómodo y rápido lo que ellos llaman la labor destructiva, propician «romper la barrera psicológica de la pereza», es decir, ayudan a que las mujeres se animen a construir cada mañana una cara nueva, su cara ideal, siguiendo los dictados de las marcas de cosmética, con sus consejos periódicos, para lograr que se sigan comprando todas esas pinturas.

Muchas adolescentes son cada día menos partidarias de pinturitas: se lavan la cara con agua y jabón y sólo se ponen colonias frescas (para bebés), «van de naturales». Hasta el punto de que hoy lo más fino, lo más *chic* o *in*, lo que se lleva y está al caer sobre la masa, quizá sea la cosmética ecologista, las esponjas naturales, el agua y el jabón. De eso también se ha dado cuenta el márqueting (creador de esa necesidad que se veía venir) y nos ha bombardeado con una variada gama de productos «naturales». La palabra «natural» se ha utilizado aquí machaconamente, como en otros campos de la industria últimamente, porque a la potente seducción del mito de lo natural hoy se abandonan muchos y los vendedores intentan aprovecharse.

Así pues, eso de que las mujeres no se maquillen, ya sea por ecologismo o por la pereza de desmaquillarse, no le interesa en absoluto a la potente industria de la cosmética, que se ha apresurado a hablar de «una cosmética que no se ve», invisible, y ha hecho más fácil y rápida la tarea del desmaquillaje... No cabe duda de que hoy se explota, se fomenta esa compulsión enfermiza a la limpieza (latente no sólo en nosotros, sino en gentes de otras culturas, como parece delatar el ejemplo de algunos yoguis de la India de los que se cuentan cosas casi inverosímiles, como que se limpian el interior de las fosas nasales con un paño que hacen pasar, por dentro, de un agujero a otro, o el caño de la picha con unas cañitas, o que extraen parte de su intestino para lavarlo externamente); hoy, digo, interesa crear paranoicos de la limpieza para vender toda una gama de productos, en su inmensa mayoría innecesarios. Nos las venden como aguas benditas, bautismales, con el poder de convertirlo a uno en *otra*.

Baudelaire dice considerar el ornato como «uno de los signos de la nobleza primitiva del alma humana». Hemos visto que elogiaba el artificio del maquillaje y «todas las prácticas empleadas por las mujeres para consolidar y divinizar, por así decirlo, su frágil belleza». No hay que apresurarse a considerar esa postura como cosa nueva, de la modernidad. Recordemos a Ovidio, cuando aconseja a las mujeres: «Debéis tener la preocupación de gustar, puesto que en la época en que vivís los hombres buscan la elegancia: vuestros maridos se acicalan según los dictados de la moda feme-

nina y a duras penas la esposa puede añadir algo a su refinamiento»[9]. En su cometido de tapar o disimular imperfecciones o arrugas, no cabe duda de que la moderna cirugía estética es heredera de las técnicas del maquillaje. ¿Qué hubieran pensado Ovidio o Baudelaire (o Aldolf Loos) de ese novísimo artificio, de la sofisticación científica de los polvos de arroz, que progresa y lucha contra aquella *faemina simplex* («mujer en estado natural» de Juvenal) que el francés decía detestar?

* Este texto no hubiera sido posible sin la colaboración de Isabel Escudero

NOTAS

1. W. Sombart, *Lujo y capitalismo*, Alianza, Madrid, 1979, pp. 61-62.
2. «"Señorita, no se deje usted invitar de decorativa", sería una buena consigna feminista» en R. Sánchez Ferlosio, *Vendrán más años malos y nos harán más ciegos*, Destino, Barcelona, 1993, pp. 52-53.
3. Isabel Escudero, *Coser y cantar*, Lucina, Zamora, 1990, p. 45.
4. Charles Baudelaire, *Salones y otros escritos sobre arte*, trad. Carmen Santos, Visor, Madrid, 1996, p. 385.
5. Jonathan Swift, *Viajes de Gulliver*, trad. Cipriano Rivas, Aguilar, Madrid, 1976, pp.146-147.
6. Charles Baudelaire, *op.cit.*, p. 383.
7. Referencias interesantes a este juego dialéctico se encuentran en el capítulo sobre la coquetería femenina del libro *Cultura femenina* de Georg Simmel (Espasa-Calpe, Madrid, 1938, pp. 61-88).
8. Theodor W. Adorno, *Minima moralia. Reflexiones desde la vida dañada*, trad. Joaquín Chamorro Mielke, Taurus, Madrid, 1987, nº 146, p. 230.
9. Ovidio, *Arte de amar. Remedios contra el amor. Cosméticos para el rostro femenino*, ed. Enrique Montero Cartelle, Akal, Madrid, 1987, p. 180.

¡NO SE LAVE TANTO! VERÁ QUÉ BIEN

AGUSTÍN GARCÍA CALVO

Esté V. atento, y, especialmente, esté V. atenta: con cada nueva loción, con cada nueva fricción, con cada nuevo artilugio sanitario, le están matando el olor, le están matando la esencia. Debe V. saber que vivimos bajo un Imperio que tiene como fin y plan convertirlo a usted en dinero puro, que ni viva ni sienta, y está ese Imperio, por ello mismo, poseído de una saña furibunda contra eso que le hacen a V. llamar "mi cuerpo", y por tanto le ordena a V. por todos los Medios fregarlo, refregarlo, desodorarlo, untarlo de ponzoñas, arrancarle la flor de la piel y los sudores: en fin, aniquilarlo. Todo ello, como se suele, bajo pretesto de que es por su bien de usted, y que a V., puesto que obedece y lo hace y se lava y baña y ducha y unta y restriega a trochemoche, es que le gusta a Usted. Para que vea que no puede V. fiarse de sus gustos de V. ni de sus votos, cuando tan claramente coinciden con las órdenes de Arriba y las necesidades del Mercado.

¿Se ha fijado V. en lo que ha llegado a ser la promoción del sanitario y de los productos de limpieza, en cómo las viviendas de los millonarios y las estrellas de los hoteles se gradúan por la cantidad y progreso de los sanitarios de que están dotados, en cómo los anuncios televisivos, después del popó, van a eso sobre todo, que parece que no se vive más que para desodorarse, ducharse, untarse algo de marca y volverse a duchar implacablemente, y en fin, que, si dejara V. de lavarse un poco, se iba a hundir en dos días el Mercado todo y el Imperio? Para que se fíe V. de sus gustos personales, señora, lo mismo que de las opiniones políticas de su marido.

El pretesto principal que se manejó para llegar a esta bárbara invasión fue el de la Higiene, una peste del mundo que el Desarrollo le debe a la iniciativa de las damas británicas de hace siglo y medio, no a las altas aristócratas inglesas, que esas probablemente se lavaban igual de poco que las de otros sitios (tal vez ni siquiera habían adoptado de las francesas la istitución del bidé, que, atacando directamente a lo más sagrado de las mujeres, daba inicio a todo este mortal proceso). Pero, una vez que la colonización lanzaba señoras de coroneles a residir en sitios como la India o Tanganika, ya el proceso estaba desatado: la obsesión de la *plumbery*, de las istalaciones sanitarias en junglas y desiertos, el terror de los *germs*, enseguida ratificados como 'microbios' por la Ciencia, luego perfeccionados como 'virus', la adoración de la limpieza a todo trapo, el miedo de que un cuerpo pudiera oler a algo, más que a productos de dro-

guería, en fin, la Higiene como enseña de la Civilización triunfante. Ese pretesto, higiénico y científico, era falso, por supuesto: bien ha visto V. cómo la Higiene genera sus nuevas suciedades y sus nuevas pestes; y por debajo de la Ciencia, lo que había era, como siempre, religión: la persistencia, bajo nuevas formas, de la absolución penitente de nuestros pecados, que no son de V. ni de nadie, sino acaso de Dios mismo que lo manda. Pero ello es que, con tal pretesto, lo han sometido a V. a este régimen bajo el que sufre V. pasión, que ya no puede vivir limpio ni por casualidad, sino limpiado costantemente: cuando el Trabajo corre peligro de dejar al descubierto su falta de necesidad, ¡sean trabajo la Higiene y el Deporte!, ¡démosle leña al cuerpo con cualquier motivo!

Y no se nos oculta señor, señora, que no es fácil para V. escaparse ahora de tal dominio: cuando a uno lo han sometido desde pequeñito al refriegue y odio de su piel, la piel acaba abandonando sus sabios medios de limpieza; y si deja V. ahora de repente de lavarse, a lo mejor hasta huele mal. Recuerdo a mi tía Augusta, cuando andaba de maestra, años 40 y 50, por los pueblos de España, que, junto a sus muchas y benditas virtudes, era también una ferviente propagadora de la Higiene, y resultaba que, una vez que a los niños y niñas del pueblo empezaba a obligarlos a lavarse, se encontraba ella con que era entonces, al privarlos de la sabia capita de sus pieles, cuando empezaban de veras a estar sucios y hasta a oler mal los pobrecillos; así como acaso V. recuerda que, cuando en los pueblos hacían estiércol y había muladares, aquello no olía de veras mal, o al menos se nos ha convertido casi en un perfume al compararlo con el hedor intolerable de las cloacas sanitarias y de los abonos químicos.

Puede pués que le sea difícil ponerse a lavarse menos y rebelarse contra el Imperio de la Higiene, y tendrá V. que ser prudente y morigerado en el progresivo abandono de las malas prácticas con que lo han costituido, en el ir devolviendo la vida y el respiro a su piel martirizada. Incluso, si está V. enfermo, puede que tenga que seguir usando la bañera a la manera de aquellas viejas damas que, al enseñarles a las visitas el cuarto de baño instalado por primera vez en su domicilio, les decían señalando la bañera «Y esto, por si alguna vez (Dios no lo permita) caemos enferma alguna de nosotras.» Que debían de ser las mismas que, murmurando de unas jóvenes vecinas, rezongaban «Esas guarras, que se andan bañando cada día», con mejor razón de la que creían ellas: pues sólo la que no necesita limpiarse es limpia.

Puede, sí, que le cueste mucho; pero vale la pena —se lo aseguramos: vea lo que va a ganar con el progresivo abandono de la saña limpiadora. No tendrá V. ya que gastar en desodorantes; y de paso, un día la Televisión no podrá ya más hacer su agosto pregonándole las mil maneras de disimular su olor. No se dará cremas solares, para no tener tampoco que quitárselas; ni otras cremas ni máscaras ni maquillajes, para no tener que usar las lociones limpiadoras de todo ello. ¡Hasta puede que un día se encuentre con unos labios que saben a labios y no a carmín, con una piel que sabe a vida y no a destilería ni polvera ni marca comercial ninguna!

¿Se da cuenta, la delicia que le proponemos? Descubrirá el placer de bañarse por gusto o cuando lo pida la calor o la tentación del agua. Ganará V. cantidad de tiempo libre, tiempo de aburrirse a pelo, sin hacer nada o, como dice el vulgo, tocándose lo que pueda, sin necesidad del intermedio de los implementos sanitarios. Y con suerte, con costancia, si no está V. demasiado enfermo de ducha y Dios (fervientemente le deseamos que no), llegará a descubrir que a lo mejor no huele mal. Puede incluso que descubra (¿imagina qué amor de los amores?) que hasta olía bien: que huele V. a mujer, a hombre, y que huele bien.

* Este texto, amablemente cedido por el autor a la revista *Archipiélago*, es el artículo nº 5 de la «Serie de Noes» que se publicó en *El País* el 19 de abril de 1993. Las peculiaridades ortográficas responden al expreso deseo del autor.